

## PANORAMA DE LA POESÍA ESPAÑOLA EN 2008<sup>1</sup>

Antonio Jiménez Millán

*Universidad de Málaga*

Se cuenta que T. S. Eliot, al responder a un escritor indignado por el rechazo de su obra, dijo esto: “Me pagan para *evitar* que se publiquen tantos libros como sea posible”. Seguramente el autor de los *Cuatro Cuartetos* se quedaría hoy pasmado si alcanzara a ver la cantidad de libros de poesía que se publican en nuestro país. Con tal abundancia, que roza la exageración, resulta difícil trazar el panorama de la poesía española a lo largo de doce meses sin incurrir en omisiones; los suplementos literarios tampoco representan una guía fiable para el lector, ya sea porque dedican cada vez menos espacio a la poesía (*Babelia*), ya porque *asignan* las reseñas con una escandalosa arbitrariedad que incomoda a los propios colaboradores (*El Cultural*). Diré, de entrada, que me he atenido a ciertos criterios de *visibilidad*, ciñéndome, salvo excepciones muy contadas, a libros publicados por editoriales que cuentan con una distribución medianamente aceptable (Visor, Pretextos, Tusquets, Hiperión, DVD, Calambur, Renacimiento, Bartleby) o por instituciones geográficamente cercanas (aún así, son más de sesenta libros los que aparecen reseñados en estas páginas). A pesar de todo, y en contra de esas voces apocalípticas que siempre surgen aquí y allá, pienso que la poesía española ha alcanzado en las últimas tres décadas un nivel de calidad que se sostiene en la convivencia de distintas generaciones y en la diversidad de propuestas. Intentaré abarcar esa pluralidad eludiendo la cuestión de las tendencias o de las “estéticas dominantes”, en la que se ha enredado con demasiada frecuencia la crítica de poesía en España.

## CLÁSICOS MODERNOS

La editorial Visor ha continuado en 2008 la reedición de los libros de Juan Ramón Jiménez, en el marco de un proyecto iniciado en 2006 bajo la dirección de Javier Blasco y Francisco Silvera. Aparecieron tres títulos: *Baladas de primavera* (1907), con prólogo de Claribel Alegría; *Piedra y cielo* (1917-1918), con prólogo de Miguel Casado; *Poesía (en verso) y Belleza (en verso)* (1917-1923), con prólogo de José Luis Puerto. Durante este año también hemos asistido a interesantes recuperaciones de autores de la generación del 27. En primer lugar, la edición crítica de las poesías completas de Manuel Altolaguirre (1905-1959) en la editorial Renacimiento, bajo el auspicio de la Junta de Andalucía y el Centro Cultural de la Generación del 27, ha sido coordinada por Francisco Díaz de Castro y Almodena del Olmo Iturriarte. El proyecto de editar de forma independiente todos y cada uno de los libros de poesía de Altolaguirre supone un importante cambio de perspectiva respecto a las ediciones anteriores, desde la que cuidó Luis Cernuda en 1960 hasta las realizadas por James Valender (1986-1992 y 2005). Ahora se ofrece la posibilidad de leerlos conforme los fue publicando el poeta, de forma cronológica y lineal. El texto se fija a partir de la primera edición del libro correspondiente; cada volumen cuenta con un estudio preliminar y un aparato crítico que señala la evolución de los poemas a través de las sucesivas ediciones en las que se integran, registrándose así las variantes textuales. Además de los coordinadores, intervinieron en este proyecto José Luis Bernal Salgado, Francisco Javier Díez de Revenga y quien firma estas líneas.

Muy necesaria es también la recuperación de la poesía completa de Concha Méndez (1898-1986) por el Centro Cultural de la Generación del 27 de Málaga, en edición de Catherine Bellver. Defensora de la liberación de la mujer ya en los años veinte, enfrentada a los rígidos convencionalismos de la época, Concha Méndez se entregó con entusiasmo a la empresa poética y, según su editora, se convirtió “de una de las pocas discípulas femeninas del vanguardismo, en poeta del exilio por excelencia [...]. Lo que empezó como escenario en que representar sus vivencias divertidas y desde el cual proclamar sus esperanzas y aspiraciones, terminó siendo rincón privado en donde dialogar consigo misma y depositar sus penas y pensamientos íntimos”. Sus primeros libros –*Inquietudes* (1926), *Surtidor* (1928), *Canciones de mar y tierra* (1930)– se ajustan a los parámetros del vanguardismo y del neopopularismo. *Vida a vida* (1932) y *Niño y sombra* (1936), escrito a raíz de la pérdida de su primer hijo, suponen un giro hacia la poesía intimista en una época en la que ya estaba unida a Manuel Altolaguirre, con quien compartió un incansable trabajo editorial en Madrid, Londres, La Habana y México D.F. Los títulos correspondientes al exilio (*Poemas. Sombras y sueños, Vida o río, Entre el soñar y el vivir*) completan esta edición, junto con algunos poemas no incluidos en libro.

En la segunda edición de su *Antología* (1934), Gerardo Diego incluyó a Ernestina de Champourcin (1905-1999), otra de las voces femeninas de la generación del 27. La Fundación Santander/ Central Hispano publicó en 2008 *Poesía esencial*. Su editor, Jaime Siles, describe una trayectoria poética afectada decisivamente por la guerra civil y el exilio, desde las primeras entregas –*Ahora* (1928), *La voz en el viento* (1931)– a los libros de madurez –*Cántico inútil* (1936), *Presencia a oscuras* (1952)– y la última etapa de su producción, relativamente extensa. Unida al poeta Juan José Domenchina, Ernestina de Champourcin se orientó hacia la temática religiosa en los años del exilio, hasta su regreso a España en 1972.

## VOCES DE LA POSGUERRA

Uno de los autores más destacados de la inmediata posguerra fue Luis Felipe Vivanco (1907-1975), aunque su obra tal vez no haya obtenido el reconocimiento de sus compañeros de generación Luis Rosales y Leopoldo Panero. El joven poeta Alberto Santamaría ha editado en 2008 una selección de sus poemas, *El alma de un oso blanco* (La Mirada Creadora), que viene a continuar el excelente trabajo de Rafael Alarcón Sierra en su estudio *Luis Felipe Vivanco: contemplación y entrega*, al que acompañaba una cuidada *Antología* (Imprenta Artesanal del Ayuntamiento de Madrid, 2007). La obra poética de Vivanco se inicia en los años previos a la guerra civil, se consolida a través del realismo intimista en la década de los cuarenta, para desembocar en una última etapa más experimentalista.

Cumplidos ya los cien años ganó Victoriano Crémer (1907-2009) el premio “Jaime Gil de Biedma” con *El último jinete*. Su trayectoria, que se iniciaba con *Tacto sonoro* (1944), estuvo muy vinculada a la revista *España* de León y a los inicios de la poesía social: la angustia existencial domina ya *Camino de mi sangre* (1947), donde se habla de la miseria, de los “viejos resignados” y de las “irremediabiles ruinas” de la posguerra. *Las horas perdidas* (1949), *La espada y la pared* (1949) y, sobre todo, *Nuevos Cantos de vida y esperanza* (1952) y *Furia y paloma* (1956) constituirían la mayor aportación de Crémer a la poesía social; en estos libros es fundamental la observación de determinados tipos sociales que marcan no solo el factor ambiental, sino una forma de entender la vida y ser consecuente con su “condición de hombre”. Su poética para la antología de Leopoldo de Luis (1965) insistía en esa dimensión vital muy presente en este último libro, en el que destacan los poemas amorosos (“Oscura cita”, “Madrigal”, “Amor perdido”) y un emocionante homenaje a José Hierro (“El desierto”).

Pocos días antes de llegar a esa edad falleció el poeta antequerano José Antonio Muñoz Rojas (1909-2009). La editorial Pre-textos, que había publicado sus últimos libros de poemas (*Objetos perdidos*, *Entre otros olvidos*, *La voz que*

*me llama*) y contribuyó a recuperar sus casi inencontrables volúmenes de prosa (*Las cosas del campo*, *Las musarañas*), reunió en 2008 su poesía completa, que abarca desde títulos muy lejanos en el tiempo –*Ardiente jinete* (1931)– hasta los más recientes, pasando por *Consolaciones*, *Cantos a Rosa* y *Oscuridad adentro*. La edición, a cargo de Clara Martínez Mesa, vino a completar la que hizo en su momento Cristóbal Cuevas (Ayuntamiento de Málaga, 1989). Elogiado por Vicente Aleixandre, Dámaso Alonso y Gerardo Diego, Muñoz Rojas fue un poeta profundamente arraigado en los paisajes de su tierra andaluza; si sus primeros poemas participaban del vitalismo optimista de la “joven literatura” de los años veinte, su madurez implica una contemplación reflexiva y una serena lucidez que se expresa a través de una excepcional riqueza de léxico (casi extinguido, podríamos decir). Muñoz Rojas, que ejerció como lector en Cambridge durante los años treinta, fue además un gran conocedor de la poesía inglesa, desde los metafísicos a T. S. Eliot. Sus traducciones han sido publicadas recientemente por el Centro Cultural de la Generación del 27, en Málaga.

Una de las voces menos conocidas del exilio republicano español quizás sea la de Francisco Giner de los Ríos (1917-1995). La colección malagueña “Ciudad del Paraíso” publicó *Jornada hecha. Obra poética (1932-1992)*, al cuidado de Rafael Inglada y con un estudio introductorio de Emilio Miró. Junto a María Luisa Díez-Canedo, Francisco Giner inició un largo exilio en México, donde colaboró en el resurgimiento de *Litoral* al lado de Moreno Villa, Prados, Altolaguirre y Rejano; posteriormente residió en Chile desde 1953 hasta 1969. A él también se debe una de las primeras y más importantes antologías del exilio: *Las cien mejores poesías españolas del destierro* (México, Ed. Signo, 1945). Con una significativa dedicatoria a Antonio Machado, este volumen recogía una nómina bastante extensa de poetas exiliados, aunque faltaba el propio Giner, que publicó en 1940 su primer libro, *La rama viva*, con prólogo de Juan Ramón Jiménez. Seguirían títulos como *Pasión primera* (1941), *Los laureles de Oaxaca* (1948), *Jornada hecha. Poesía: 1934-1952* (1953), *Poemas mexicanos* (1958), *Llanto con Emilio Prados* (1962), *Elegías y poemas españoles* (1966). *Jornada hecha* incluye los últimos libros publicados por Giner de los Ríos (*Borrador de año nuevo*) y un buen número de poemas inéditos. Como poeta del exilio podríamos considerar también a Concha Zardoya (1914-2004). Nacida en Chile, llegó muy joven a España y se marchó a los Estados Unidos para regresar en 1977. El Instituto Juan Gil-Albert publicó en 2008 una *Antología poética* al cuidado de María Paz Moreno.

Con motivo de la concesión del premio iberoamericano “Reina Sofía” a Pablo García Baena (1923), la Universidad de Salamanca publicó una antología de su obra, *Rama fiel*, a cargo del poeta y profesor Juan Antonio González Iglesias. Destacado fundador del grupo y de la revista *Cántico*, uno de los hitos fundamentales de la literatura de posguerra, el poeta cordobés ha aportado títulos im-

prescindibles, desde *Rumor oculto* y *Junio* hasta *Antes que el tiempo acabe* o el más reciente *Los Campos Elíseos*. Sensualidad y elegía, temática religiosa y erotismo, cultura y experiencia vital conviven en los poemas de Pablo García Baena, reconocido como maestro por las generaciones posteriores (véanse la última edición de su poesía completa, *Recogimiento. Poesía, 1940-2000*, Málaga “Ciudad del Paraíso”, 2000, con una bibliografía muy completa, y el volumen de homenaje *Casi un centenario*, Junta de Andalucía, 2004).

El 12 de enero de 2008 nos dejó Ángel González, nacido en 1925. Pocos meses después, la recién creada colección “Palabra de honor”, de Visor, sacaba a la luz *Nada grave*, un libro con 28 poemas que el autor fue escribiendo después de la publicación de *Otoños y otras luces* (2001); algunos de ellos habían aparecido, con el mismo título, en el número monográfico de *Litoral* coordinado por Susana Rivera (*Ángel González. Tiempo inseguro*, 2002). Es posible que el libro no estuviera terminado, como sugieren en la nota previa Jesús García Sánchez y Luis García Montero, que también inciden en el sentido del título: “Dos palabras fuertes, nada y grave, se unen de manera irónica para restarle importancia a un estado sentimental de crisis profunda. La ironía, como forma de pudor, vuelve a convertirse en una clave del pesimismo vitalista del poeta”. En efecto, *Nada grave* es, ante todo, el testimonio de un superviviente que se contempla a sí mismo como un “resucitado de la vida” o un “yo sombrío”, “ensimismado, mudo”. Impresiona la sobriedad de estos poemas que suenan a despedida: “Deja que pasen estos años,/ son pocos ya,/ sé paciente y espera/ con la seguridad de que con ellos/ habrá pasado/ definitivamente todo”.

Nacido en Valencia (1927) y residente en México desde 1940, Tomás Segovia tuvo que afrontar el exilio igual que otros muchos *niños de la guerra civil*. La editorial valenciana Pre-textos ha dado a conocer su obra más reciente: *Partición* (1983), *Lapso* (1986), *Orden del día* (1988), *Noticia natural* (1992), *Fiel imagen* (1996), *Otro invierno* (un libro de relatos, 1999), *Misma juventud* (2000), a los que se sumó en 2008 *Siempre todavía*, un título de indudable eco machadiano que confirma el carácter profundamente vitalista de su escritura, su actitud no resignada frente al paso del tiempo, una aceptación que no excluye la rebeldía. Del mejor romanticismo hereda Tomás Segovia esa dignidad de las palabras usuales que hacen de la descripción de paisajes un acontecimiento a la vez natural y misterioso, como el paso tranquilo de las estaciones. Es la suya una visión del mundo orientada hacia lo diáfano, la claridad, la transparencia; de ahí la importancia de la luz, luz de *aquí* y de *ahora*, marca temporal de un presente que remite a un fondo ancestral, a un comienzo que es perpetua renovación desde la naturaleza. *Siempre todavía* asume esa constante indagación acerca de la temporalidad que es propia de la obra de Tomás Segovia.

Antonio Gamoneda (1931) reunió en *Extravío de la luz* (Casariego) seis poemas acompañados por dos preámbulos de Amalia Gamoneda y veinte grabados

de Juan Carlos Mestre. El símbolo central de la luz funciona como antesala de la muerte (“...el conjunto de mi poesía no es otra cosa que el relato de cómo voy hacia la muerte”, escribió el propio Gamoneda), pero es la memoria, clave en otros libros del autor como *Arden las pérdidas*, la que vuelve a convocar el sufrimiento colectivo de la guerra civil y la posguerra: “¿Está lloviendo?/ Sí, está lloviendo. Las madres/ son blancas y locas. Vienen/ al penal y a los laboratorios/ de la tortura./ Ya/ están aquí las madres. Traen fuego y amor./ ¡Ah de la lluvia,/ sobre las madres...”.

Y no podemos dejar de referirnos, aunque sea muy brevemente, a otras voces de la generación del medio siglo. Así, la reedición en Calambur de *Liverpool*, de José María Millares (1921), supone el rescate de un libro de orientación surrealista que apareció a finales de los años cuarenta; *Mantis fidelis* fue escrito por Manuel Álvarez Ortega (1923) entre 1975-1976, pero no fue publicado hasta 2008, en Huerfano & Fierro, con prólogo de F. Ruiz Soriano. Destacable es la recuperación de la poesía de Manuel Arce (1928) a través de una *Antología (1947-1954)* (Icaria) que recoge sus tres libros: *Llamada* (1949), *Sombra de un amor* (1952) y *Biografía de un desconocido* (1954), con prólogo de J. A. González Fuentes. En Santander, Manuel Arce puso en marcha varias empresas culturales como la revista *La Isla de los Ratones*, la editorial del mismo nombre y la galería de arte *Sur*; a partir de 1956 se dedicó a su obra narrativa, que cuenta con siete títulos. En Valencia han aparecido dos recopilaciones importantes, la *Poesía completa* de María Beneyto (1925) (Ayuntamiento de Valencia) y la *Obra escogida* (Pre-textos) del poeta canario Luis Ferial (1927-1998), oportunamente reivindicado en los últimos años. La poeta gaditana Pilar Paz Pasamar (1933) publicó en Calambur *Los niños interiores*.

## DEL SESENTA Y OCHO EN ADELANTE

Al cuidado de Manuel Rico, la editorial Península publicó la *Poesía completa 1963-2003* de Manuel Vázquez Montalbán (1939-2003). A diferencia de los poetas más jóvenes de la antología de Castellet, Vázquez Montalbán no renunció nunca a la actitud crítica del grupo de los cincuenta, aunque asumió desde el inicio el proyecto experimental y neovanguardista que se consolida a mediados de la década y configura sus primeros libros de poemas. Así se entiende, por ejemplo, su peculiar uso del *collage* como medio de recuperación de la memoria histórica, al confrontar pasado y presente en una superposición de planos temporales, un rasgo que le diferencia claramente del culturalismo esteticista. Para él, la escritura suponía “un acto de reafirmación de mi propia conciencia de origen y proyecto personal y colectivo”. En una entrevista realizada por su actual editor en 1997, el escritor barcelonés afirmaba: “No he tenido compañeros de generación. Lo único que relacionaba a los llamados *novísimos* era una tenden-

cia a recuperar la primacía o la autonomía de *lo literario* sobre *lo histórico* y establecer las consecuencias que ello reportaba en la reconsideración del gusto establecido”. Resulta evidente que Vázquez Montalbán no creía en esa radical autonomía del lenguaje poético ni dirigía su crítica al poder *en abstracto*, sino a la sordidez de una dictadura y a sus mecanismos de dominación ideológica. Y no olvidemos tampoco que la ironía es un factor clave tanto en sus textos teóricos como en muchos de sus poemas.

En *Sólo amor* (Bartleby) ha reunido Jesús Munárriz (1940) un conjunto de poemas que celebran el encuentro amoroso a lo largo de una vida, “en la juventud y en la madurez, en la intimidad y entre las multitudes”. Matizando los versos de Gil de Biedma, Munárriz defiende una “vía intensiva” en el conocimiento de la persona amada: “De mil formas distintas/ y con un solo cuerpo”. Es una temática muy presente en la mayor parte de sus libros, desde *Esos tus ojos* (1981) hasta *Rojo fuego nocturno* (2009); lo ha señalado recientemente Almudena del Olmo Iturriarte, que recoge en su estudio monográfico (*Jesús Munárriz...*) una selección de poéticas en las que Munárriz sitúa en primer plano la autenticidad, la coherencia vital y el valor del hallazgo. Todo ello es válido a la hora de abordar estos poemas de amor con final feliz: “¿Es posible que sea/ tan sorprendente,/ cada vez más gozoso,/ distinto siempre?/ Amor contigo,/ increíble, indecible,/ siempre distinto”.

En su ya dilatada trayectoria, José María Álvarez ha eludido la densa teoría metapoética frecuentada por muchos de sus contemporáneos, apostando radicalmente por la proximidad entre cultura y experiencia vivida a través de un libro unitario que, desde su primera edición en 1974, ha ido ampliándose con el paso del tiempo: *Museo de cera*. El recurso constante a las citas es un rasgo que distingue la obra de José María Álvarez desde sus inicios; así atrae las voces del pasado hacia el presente o inicia un viaje imaginario en el tiempo –de la cultura clásica griega y latina a los mitos del cine, de los músicos de jazz a los autores del Siglo de Oro, o a la novela libertina–, y ello hace aún más atractivo el viaje real, tan importante en sus poemas. Sus últimos libros esconden sutilmente la tensión de una paradoja: el disfrute de la belleza del mundo convive con la precariedad, la progresiva conciencia del desgaste intensifica el deseo, la exaltación de los cuerpos jóvenes. *Bebiendo al claro de luna sobre las ruinas* (Renacimiento) deja claro que el deseo, como algunos libros o algunas obras de arte, es lo único que hace soportable la existencia. A esa intensidad se asocia una vertiente provocadora, nada conforme con la corrección política dominante y sí con la defensa de ciertos valores estéticos y vitales. A la vulgaridad del día a día, a los embates del puritanismo, a la rutina del discurso político se enfrentan los poemas de José María Álvarez, como una celebración de la cultura y, a la vez, como una forma de vivir que ni se puede ni se quiere cambiar: “Cómo sé que el fragor del mundo no es

cosa nuestra/ ni nosotros/ De su interés/ La Poesía es lo que consuela del Horror”.

La poesía reunida de José-Miguel Ullán (1944-2009) apareció en Galaxia Gutemberg bajo el título *Ondulaciones*, en edición de Miguel Casado. Nos atenemos, en este caso, a la completa valoración realizada por Ángel Luis Prieto de Paula:

Ligada a la música y a las artes plásticas, esta lírica es un ariete contra la fanfarria de los valores heredados, la hipocresía civil, la humillación política, los idealismos apaciguadores. Y también contra la codificación discursiva de un lenguaje instrumentalizado. Sus primeros libros, pese a compartir elecciones ideológicas con la poesía social, rebatían sus códigos utilitarios, pues considera el autor que enfundarse en el lenguaje amaestrado del orden que se quiere subvertir contribuye a apuntalar ese orden. Ya entonces era visible el simultaneísmo perceptivo y la intersección de estratos de lengua que rompen toda ilusión de congruencia; y enseguida aparecían los poemas visuales, los *agrafismos*, las tiradas reiterativas, las tachaduras en la piel de unos textos sin sentido unívoco, oscuros, dinámicos y de un escepticismo radical. Esta poesía no puede ser valorada como una confesión de un yo estable, pues o bien falta el relato sucesivo de esa pretendida confesión, o bien falta ese sujeto conectado al relato. En última instancia, lo impide una ironía que cuestiona el sentido y posibilita al autor no involucrarse patéticamente en la materia de sus poemas, lo que hubiera supuesto un decir positivo al que el nihilista Ullán no inclina la cabeza. (“La poesía...” 8).

Más conocido como filólogo (especialmente, como editor de García Lorca) y crítico literario, Miguel García Posada (1944) ha publicado algunos libros de poemas. Con *Inclencencias* (Visor) ganó el prestigioso premio “Ciudad de Melilla”; es un libro que combina la evocación autobiográfica y la denuncia de situaciones injustas, con un sentido crítico que no pierde de vista la más rigurosa actualidad.

*Amor en vilo* supuso la vuelta de Pere Gimferrer (1945) a la lengua castellana después de haber escrito en catalán sus poemas a partir de 1970, con títulos como *Els miralls*, *Hora foscant*, *L’espai desert* o *La llum*. Los poemas de *Amor en vilo* –título que procede de Salinas y Alberti– surgían de una relación sentimental interrumpida en 1969 y recuperada a raíz de la muerte de su mujer, María Rosa Caminals. *Tornado* (Seix Barral) ahonda, dos años después, en esa veta de efusión amorosa; en palabras de Javier Lostalé, este libro “es una epifanía de luz donde cada parte, cada poro del cuerpo de la amada es para el amado fuente de vida, anunciación y fundamento del mundo, lugar donde desaparecer fundiéndose con ella, siempre salvación” (“Delirio...”). Mi valoración no alcanza, ni mucho menos, ese grado de entusiasmo (a decir verdad, el único libro de Gimferrer que me ha interesado es *La muerte en Beverly Hills*). Gimferrer, poeta de oficio y reconocida cultura, consigue algunos versos brillantes que, sin embargo, no salvan al libro de la verborrea abrumadora; tampoco me convencen las rimas supuestamente originales, y valga la muestra: “Y estoy tan reposado y repujado en ti/ como la madrugada repuja el alhelí/ y estoy tan agostado por tu llama turquí/ como entre las llamas se encendió el colibrí...”.



La colección “Nuevos textos sagrados”, de Tusquets, ha publicado los últimos títulos de Antonio Colinas (1946): *Libro de la mansedumbre* (1997), *Tiempo y abismo* (2002) y *Desiertos de la luz* (2008). En su madurez, el autor considera que su lenguaje ha ido pasando “de la emoción al pensamiento, del sentimiento a la reflexión, del corazón a la razón”. Recuerda Andrés Soria Olmedo (*20 años...*) que en la poesía de Antonio Colinas, gran conocedor del romanticismo europeo y muy especialmente de la obra de Leopardi, es fundamental el concepto de *armonía*; en *Desiertos de la luz*, Colinas se pregunta por su ausencia: “¿Hasta cuándo en el mundo la dualidad más cruel,/ la ausencia de armonía?” (“Cuaderno de la vida”). En 1946 también nació Pureza Canelo; Hiperión publicó en 2008 su libro *Dulce nadie*, una depurada reflexión acerca de la soledad.

Eloy Sánchez Rosillo (1948) refrenda en *Oír la luz* (Tusquets) las constantes de un vitalismo que se intensifica en sus libros de madurez: *La vida* (1996), *La certeza* (2005), publicados en la misma editorial (también editó Tusquets su obra poética completa hasta 2004: *Las cosas como fueron*). Desde que obtuviera el premio Adonais hace más de treinta años con *Maneras de estar solo*, Eloy Sánchez Rosillo ha hecho de su poesía un diario introspectivo en la línea de Cernuda y Brines, con las grandes elegías románticas de fondo (igual que Colinas, Sánchez Rosillo fue traductor de Leopardi: véase la excelente antología que en 1998 publicó Pre-textos). La sinestesia del título *Oír la luz* remite a la contemplación de la naturaleza asociada a distintas etapas de la vida, y siempre para rescatar el instante, los momentos de intensidad. La mirada elegíaca y serena de este autor se centra ahora en la luz como símbolo de vida (“Nunca puede olvidarse/ la luz de los orígenes”), resalta la belleza cotidiana y, frente al dolor, afirma la esperanza: “Qué misterioso es ser, /qué raro es estar vivo, respirando/ en este cuerpo, y contemplando las cosas/ desde estos ojos nuevos que ahora tengo” (“A veces”).

En 2008 se cumplían cuarenta años desde la publicación del primer libro de Leopoldo María Panero (1948), *Por el camino de Swan*. El que fue “benjamín” de los novísimos editados por Josep M<sup>a</sup> Castellet sigue produciendo a ritmo incesante: a *Escribir como escupir* (Calambur), se suman este mismo año los cuadernos *Mi lengua mata* (Arena), *Sombra* (Huerga & Fierro), *Páginas de excremento o dolor sin dolor* (Azotes caligráficos) y *Gólem* (Igitur). Leopoldo María Panero suele emplear un tono apocalíptico en secuencias de imágenes visionarias que confluyen en torno a ejes temáticos recurrentes en su obra: la angustia, la rebelión contra la figura del padre, la autodestrucción, la obsesiva presencia de la muerte: “Como si la mano de un muerto me acariciase/ así es el poema”, leemos en *Escribir como escupir*.

## LAS GENERACIONES DE LA DEMOCRACIA

Fue José Luis García Martín el primero en hablar de una “generación de los ochenta”. Sin pretender fijar márgenes generacionales estrictos, vamos a incluir en este apartado a los autores nacidos en los años cincuenta y sesenta, empezando por el propio García Martín (1950), que en 2008 publicó *Légamo* (Pre-textos). Contamos ya con varias recopilaciones de su obra poética: *Poesía reunida* (1990), *Material perecedero* (1998) y *Mudanza* (2004). *Légamo* es un libro en el que García Martín “ha sabido profundizar en lo esencial para que la fatalidad, los infortunios, la nostalgia del tiempo ido, añoranza de otras edades y de otros vuelos o suelos, queden libres de sombras amenazadoras, y lo ha llevado a cabo a través de expresiones, o vocablos simbólicos, de ese “légamo” en su verdadera acepción, que ya anuncia el contenido del libro” (García). El sentimiento de pérdida se compensa, en estos poemas, con la celebración de lo inmediato y del presente: “Qué hermosas tus palabras todavía/ roídas por las ratas manchadas de tiniebla/ un desgarrón inmenso en una sílaba/ cómo brillan seguras todavía/ azul diamante en medio del estiércol”.

En 2004, Ana Rossetti (1950) reunió su poesía completa bajo el título *La ordenación*. El lector podía seguir en aquel volumen la trayectoria de una de las voces más originales de la poesía española reciente, desde *Los devaneos de Erato* (1980), *Indicios vehementes* (1985) o *Devocionario* (1986), con un estilo que aunaba desde el principio la sutileza, el dominio de los recursos expresivos y la ironía. *Llenar tu nombre* (Bartleby), su última entrega, profundiza en el sentido y en las posibilidades de la creación poética, en su carácter misterioso de revelación: “Sólo vertemos nuestro asombro en la matriz fecunda del poema”. Además de algún homenaje especialmente intenso (el que dedica a Emily Dickinson), destacaremos que la recuperación de figuras y contenidos religiosos o litúrgicos, un rasgo distintivo de su obra, se enfoca en este libro hacia la naturaleza casi sagrada de la palabra. De ahí el significado de “Oración final”: “Bendita sea tu pureza,/ y eternamente sea vivificada/ desde el sufrimiento del mundo,/ desde la grandeza, desde el amor del mundo,/ desde toda criatura y sus voces”.

Galaxia Gutenberg/ Círculo de Lectores editó en 2008 la poesía completa de Olvido García Valdés (1950) con el título *Esa polilla que delante de mí revolotea*. Escribe Ángel Luis Prieto de Paula que en esta recopilación

queda a las claras la conmovión fría de un lenguaje que opera mediante la atenuación del referencialismo y la *desfamiliarización* con el decir discursivo. La sinopación y eliminación de nexos, la suplantación del compás métrico por un ritmo respiratorio que se crea y se deshace en el verso, así como el repudio de cualquier efectismo expresivo, trazan una línea de escrutación del mundo que se deslíe y termina olvidándose de las cuentas del collar argumental que debería ensartar (“La poesía...” 8).

La necesidad de expresión, señalaba García Valdés, se cifra en

un habla, un hacer que surgen al pensarnos y sentirnos en el mundo; conscientes de la inmediatez y la hermosura, y, al mismo tiempo, del fluir, de la adversidad y la desdicha, de la fragmentación, de lo evanescente de ese estar. Tal conciencia genera una inquietud que es modo de conocer, de conocernos [...]. Memoria, cuerpo, muerte, enfermedad son lugares de extrañeza.

La antología poética *Suena una música*, de Álvaro Salvador (1950), apareció por primera vez en 1996 (Pre-textos) y ha sido reeditada en 2008 por Renacimiento, con márgenes temporales más amplios (1971-2007). Se mantiene el prólogo de Ángel González, quien afirmaba que “escribir poesía es una manera, acaso la más compleja, de pensar la vida”, y precisamente es la vida el gran tema que configura la obra del poeta granadino (nacido en 1950) desde que publicara, a principios de los setenta, sus primeros libros: *Y...*, *La mala crianza*, *De la palabra y otras alucinaciones*, *Los cantos de Ilíberis*. Todos ellos responden a un intento de cuestionar el territorio sagrado de la palabra poética y el prestigio de ciertos mitos. Desenmascarar la supuesta neutralidad del lenguaje es el centro de la reflexión teórica de *Las cortezas del fruto* (1980), un libro más narrativo, más abierto a la experiencia y quizá, también, a las primeras marcas del desencanto. Aquí situó Juan Carlos Rodríguez el punto de partida de “La otra sentimentalidad”, un proyecto que da sentido a los poemas de *Tristia*, escrito a medias con Luis García Montero, y, sobre todo, de *El agua de noviembre* (1985). A partir de *La condición del personaje* (1992), la poesía de Álvaro Salvador se centra en el sentido de las representaciones, en el juego de espejos y máscaras que hacen más sutil, más verosímil, en el fondo, la puesta en escena de la subjetividad; en ese proceso intervienen unos registros irónicos muy bien asimilados a partir de la lectura de autores españoles del medio siglo (Ángel González, José Agustín Goytisolo) y de algunos hispanoamericanos (Oliverio Girondo, Nicanor Parra). *Ahora, todavía* (2001) presenta una versión menos irónica y más radical de las imágenes que el poeta construye a partir de sí mismo; al revivir el pasado, se piensa en la juventud, en la belleza o en la seducción con la lucidez distante de quien ya no cree en falsos enigmas, y la voz que suena en *Ahora, todavía* sabe definir perfectamente el fin de siglo (ya no fin, sino principio) con dos adjetivos exactos: pragmático y letal. La última sección de poemas inéditos (2000-2006) se ha integrado después en el libro *La canción del outsider* (2009).

Francisco Ruiz Noguera (1951) publicó en 2008 la antología *Ventanas interiores* (Fundación Málaga) y el poemario que recibió el premio “Vicente Núñez”, *Arquitectura efímera* (Visor). La paradoja de este segundo título sugiere el proyecto de construir desde la conciencia de finitud, de los vestigios que se borran. Ruiz Noguera vuelve a ciertos emblemas de la cultura clásica para fijar su mirada en el presente y exaltar los sentidos, pero constata que la memoria matiza siempre el *car-*

*pe diem* y que la “breve cosecha” de horas felices se enfrenta con un laberinto de sombras. Según María Sanz, el libro plantea un problema de fondo: “hacer del tiempo un lugar, un espacio que pierde su condición estática y, en su movilidad, genera convencionalmente angustia al ser que lo habita” (“La felicidad...”). Así, la casa funciona como espacio simbólico del clarooscuro de la vida que se contempla “a través de un cristal/ blindado por el tiempo”. Si algunos poemas de la tercera sección evocan lo siniestro (“El ángel de las sombras”, “Los impostores”, “Los asesinos”) para expresar finalmente la voluntad de “buscar la luz en medio de la niebla”, el apartado IV retoma el diálogo con la tradición (“De las paradojas del infinito”). Queda esa definitiva fe en lo cotidiano que afirmaba el poema “Arriba y abajo”: “el asfalto, la tierra, lo que pisas,/ y todo lo que está al alcance de tu mano,/ en el reino cercano de tu piel:/ la única verdad/ que lo cimenta todo”.

*Viento sobre las lóbregas colinas* (Visor), de Jon Juaristi (1951), prolonga, en parte, la vena satírica de su anterior libro, *Prosas (en verso)*, publicado seis años antes. Sin embargo, los mejores poemas son aquellos que muestran a las claras la soledad del personaje y la conciencia de un deterioro que arrastra los sueños destruidos del pasado (“Póntica”, “Estos días azules”, “Para nunca volver”). El sabio empleo de la ironía en buena parte de su obra (*Suma de varia intención, Arte de marear*), deriva ahora hacia un extraño ajuste de cuentas (“Adiós muchachos”, “Arcadia forever”) que parece responder a unos ataques más imaginarios que reales; entrar a fondo en esta cuestión exigiría un espacio del que no disponemos. La impresión desolada de los primeros poemas se intensifica al final y condensa, tal vez, el sentido del libro: “Y agradece a la edad/ Que te obligue a advertir el sinsentido/ Del lamentable asunto/ Que devastó tu juventud. Enfrente/ Sólo tienes la noche y el vacío/ Y el viento sobre lóbregas colinas”.

En la línea de *Contradicciones, pájaros* (2001), Ángeles Mora (1952) proyecta en *Bajo la alfombra* (Visor) una mirada sobre lo cotidiano que implica la construcción de la subjetividad poética y lleva a hablar de los sentimientos como parte de nuestra historia: el amor no pertenece sólo a la esfera de lo privado, se trataría de construir otro tipo de relaciones que no se basen en la explotación. Y para ello es preciso desconfiar de las grandes palabras, de las verdades absolutas. Dividido en tres secciones, *Bajo la alfombra* parte de una metáfora que revela la imposibilidad de esconder las ruinas, las miserias: “Sin duda son molestas pero uno/ acaba acostumbrándose. Con ellas/ es difícil vivir, pero, ay, sin ellas/ cómo reconocerse en el espejo...”. Lo fantasmal, viene a decir Ángeles Mora, no es la realidad sino el yo y sus posibles máscaras. Si en la primera parte del libro los poemas breves de tono intimista alternan con reflexiones sobre el amor y la “posibilidad de decir” (“Si la música calla ¿cómo nos guardaremos/ de la muerte?”), la segunda, “Para seguir viviendo”, contiene logrados ejercicios de memoria que afianzan los rasgos del presente (“Sabía/ que aquella luz rabiosa me llamaba de le-

jos...”) y la tercera esboza los “caminos de vuelta”: “Vivir/ tiene ese rumor de fondo:/ los caminos de vuelta/ no vuelven. / Siempre comienzan”.

Fue también Ángeles Mora quien prologó una selección de poemas de Concha García (1956), *Si yo fuera otra* (Málaga, Puerta del Mar, 2005): “Sólo la cotidianidad de las cosas nos salva. La poesía de Concha García está llena de cosas, el yo sigue sustentándose en las cosas cotidianas, rituales que intentamos que nos revivan”. Me parecen argumentos válidos para enfocar el libro *Acontecimiento* (Tusquets). Sobre él ha escrito Andrés Soria Olmedo que “desde esa conciencia de primera persona (femenina) de singular busca el desvelamiento cotidiano a través de la poesía”. Y concluye: “En *Acontecimiento* (quizá no sea del todo ociosa la comparación con el acontecimiento según Chantal Maillard, en la común sugestión del instante) lo que se desvela es la perplejidad (“Todo sucede al mismo tiempo”) y el movimiento, donde cabe la libertad, el extravío, la desubicación”. También el amor: “Un hermoso/ albedrío, hay que sentirlo./ Extraño mecanismo de lo cotidiano”.

*Mujeres encontradas* (Sinsentido), de Fernando Beltrán (1956), es un conjunto de textos realizados a partir de una serie fotográfica de figuras de alambre. Entre la narración y el poema en prosa, Fernando Beltrán añade matices a una voz original y consolidada desde títulos como *Aquelarre en Madrid* (1983) hasta *El corazón no muere* (2006), pasando por la antología temática *El hombre de la calle*, publicada por Maillot Amarillo en 2001.

El Premio Nacional de Poesía correspondiente a 2008 fue concedido a *La casa roja* (Calambur), de Juan Carlos Mestre (1957). Poeta y artista plástico (ya hablamos de su colaboración con Gamoneda), Mestre ha ido consolidando su trayectoria con *Antifonario en el Valle del Bierzo*, *La poesía ha caído en desgracia*, *La tumba de Keats* y *El Universo está en la noche*. Según Prieto de Paula, *La casa roja*

es un libro desparramado en versículos que tocan a menudo la prosa, de noble ardor enfático, arquetipos y emblemas que recuerdan los bestiarios (angelicales) de Pérez Estrada, y una simbiosis de la denuncia social y el vuelo imaginativo. Esta poesía, en la que resuenan, oraculares, los vates antiguos, se abre desde los adentros del ser hacia la naturaleza y los hombres, musitando o clamando, oscilando entre la dicción coral y el estupor íntimo (10).

Especialmente interesantes son, a mi modo de ver, los poemas en los que la ironía encauza la revisión de mitos sociales y literarios: “Bulevar Maiakovski”, “Lysistrata en Copenhage”, “K”, “Ellas”, “Cibercafé” o “Historia de amor”.

El volumen *La vida de otro modo* (Calambur) reunió la poesía completa del extremeño Ángel Campos Pámpano (1957-2008). Director de la revista *Espacio/ Espaço Escrito*, traductor de autores portugueses (Fernando Pessoa, Eugénio de Andrade, Al Berto, Sophia de Mello Breyner), Ángel Campos publicó varios libros de poemas en la editorial Pre-textos (*La ciudad blanca*, *Siquiera este refugio*,

*La voz en espiral*, *La semilla de nieve*) y numerosas *plaquettes* en colaboración con pintores y fotógrafos. El diálogo con otras formas de expresión artística fue uno de los rasgos de su escritura, reflexiva y llena de homenajes e intertextualidades; el carácter visual de la poesía de Ángel Campos Pámpano, destacado en el prólogo de esta edición por Miguel Ángel Lama, se advierte de manera especial en los poemas en prosa (véase, como un buen ejemplo, la serie *Jola*, 2003).

*Vista cansada*, de Luis García Montero (1958), inauguraba junto al libro ya comentado de Ángel González la nueva colección de la editorial Visor a principios de 2008. El libro se inicia con unas “Preguntas a un lector futuro” y no creo que se trate sólo de un guiño al conocido poema de Luis Cernuda: el diálogo con la tradición es también diálogo con la memoria e incluso con poemas y libros anteriores del propio autor, contruidos desde esa reflexión acerca de la memoria personal y colectiva que funciona como una constante en su poética, atenta ahora a “las imágenes más cálidas de una biografía” (Mainer 13), sin ceder nunca a la tentación de la nostalgia; la intimidad y sus reductos privilegiados terminan proyectándose hacia una historia común. Y si el autor de estos poemas se reconoce en un idioma –otro asunto controvertido– es porque le ha permitido vivir “en las calles de Borges y Neruda,/ entre Machado y Juan Ramón Jiménez”, no porque asuma criterios esencialistas (trasfondo de ciertas reivindicaciones del español, pero también del catalán o del euskera). Hay un notable protagonismo de la política en las dos secciones centrales del libro, “La ciudad que no quiso ser palacio” y “Segundo tiempo”; varios poemas de *Vista cansada* recuperan la pasión a la hora de defender los valores democráticos (“Defensa de la política”, “Defensa de aquella amistad”, “Café Español”, “Morelia”, “Democracia” o “Universidad”), se enfrentan a la estrechez de los dogmas y a la deriva de ciertas utopías y de algunos regímenes políticos. De otra manera, estos poemas vuelven sobre los matices de una necesaria reflexión ideológica para defender, en última instancia, aquella “desesperada vitalidad” pasoliniana que cuestionaba “la mercancía sórdida de la felicidad”. Tanto “Huerta de San Vicente” como “Nueva York” inciden en la presencia constante de un ausente, Federico García Lorca; la amistad con Rafael Alberti, Jaime Gil de Biedma y Ángel González es evocada en otros poemas de *Vista cansada*, mientras que los poemas amorosos de la sección “Punto y seguido (habitación con vistas a tu cuerpo)” constatan la huella del tiempo transcurrido, visible ya desde algunos títulos como “Aniversario” o “Memoria de la felicidad”, subrayan el debe y el haber “en el libro de cuentas del deseo” y sugieren que es en el ámbito de lo privado donde se multiplican las dudas y la inseguridad. *Vista cansada* es, según su autor, “una invitación sigilosa al optimismo”.

Al hablar de Álvaro Valverde (1959), Ángel Campos Pámpano mencionaba “su voluntad de creer en la poesía como forma de máxima expresión, como un encuentro capaz de expresar el espíritu solidario y solitario del que escribe, como un impulso creador, como una epifanía”. En la línea de dos títulos inmedia-

tamente anteriores, *Ensayando círculos y Mecánica terrestre, Desde fuera* (Tusquets) se inicia con una cita de César Simón que celebra lo extraordinario de la vida al mirarla con cierta distancia. La contemplación reflexiva abarca el tiempo y la memoria, se detiene en la naturaleza y busca el diálogo con la tradición (podríamos recordar algunos homenajes –Gil-Albert, Thomas Hardy– insertos en *Mecánica terrestre*). “La poesía es para mí, lo ha sido siempre, un viaje a la búsqueda de un lugar”, ha dicho Álvaro Valverde. *Desde fuera* escoge una cierta distancia para enfocar mejor la propia vida: “Mi vida es este río que me lleva./ esta apacible huida hacia la muerte./ Mis ojos, al mirar, sin edad sueñan./ Y me siento feliz por cuanto intuyo/ debajo de sus aguas incesantes”.

Trinidad Gan (1960) recibió el premio “Cáceres Patrimonio de la Humanidad” por *Fin de fuga* (Visor). Es la suya una escritura clara, de notable precisión, que aborda los recuerdos del amor y las derrotas cotidianas, la soledad y la esperanza, “la selva del deseo” y “la imprecisa anatomía del dolor”; que busca, en palabras de Luis García Montero, “la naturalidad de lo imposible”. Dentro del buen tono general del libro, resultan muy interesantes los poemas “La isla en ruinas”, “Nocturno”, “Contra la pared” (“...aceptar como a un viejo conocido/ el rostro inexorable de la vida./ aunque a veces se vista de naufragio”) y la serie final, “Contrafugas”. *Flor de sal* (Pre-textos) es el primer libro de poemas del valenciano José Saborit, pintor, dibujante y catedrático de la Escuela de Bellas Artes en su ciudad natal. La naturaleza, la reflexión sobre la creación artística, el amor y el erotismo son los ejes en torno a los que gira este libro donde se unen la celebración vital y los matices elegíacos.

La antología *Mendigo* (1985-2007) (Renacimiento) es fundamental para conocer la trayectoria de Jesús Aguado (1961). Juan Bonilla, que se hizo cargo de la edición, afirma en el prólogo la originalidad de la obra poética de Jesús Aguado: “Brillante, intenso, grácil y profundo de un golpe [...], capaz de hacernos sonreír y capaz de emocionarnos con aquella táctica antigua e infalible de los poetas: hacernos protagonistas de sus cantos”. La selección, que no se atiene a un orden cronológico, remite a los títulos señeros de Jesús Aguado: *Los amores imposibles* (1990), *Libro de homenajes* (1993), *Los poemas de Vikram Babu* (2000), *Lo que dices de mí* (2002), *Herida* (2005).

Tanto en sus libros de poemas –desde *Cuaderno de Berlín* (1989) hasta *Conversaciones entre alquimistas* (2007)– como en sus ensayos (*Poesía practicable*, 1990), el madrileño Jorge Riechmann (1962) ha sostenido un compromiso político de izquierdas centrado en la lucha contra la explotación, contra la degradación del medio ambiente y el dominio del pensamiento único. La necesidad de una conciencia crítica lleva consigo una revisión de lo que él considera “lenguaje muerto”: “La poesía es donde el lenguaje vuelve sobre sí mismo, se asombra, se pone en cuestión, se interroga incansablemente”, ha escrito Riechmann. En 2008, DVD publicó *Rengo Wrongo*; el nombre de un personaje da título al libro,

“en cuyo cauce caben otros personajes, o facetas muy diversas del mismo, conectadas por una idea moral del ser en el mundo, en la que se conjuntan el humor y la ternura, en un tono ayuno de todo hieratismo” (Prieto de Paula).

El premio “Fray Luis de León” fue compartido por Manuel Vilas y Eduardo García. Ambos libros aparecieron en Visor. *Calor*, de Manuel Vilas (1962), confirma un estilo muy personal que va evolucionando a través de los libros de poemas anteriores: *El rumor de las llamas* (1990), *El mal gobierno* (1993), *Las arenas de Libia* (1998), *El cielo* (2000) y, sobre todo, *Resurrección* (2005). A propósito de este último, las reseñas críticas manejaron conceptos como “realismo urbano”, “realismo expresionista” o “poesía antilírica”; yo creo que Manuel Vilas opta por una libertad de expresión sin trabas, tanto en los contenidos como en los procedimientos formales: de ahí su preferencia por el versículo o el poema en prosa. Admirador del enérgico verso libre de Walt Whitman, Manuel Vilas se decanta por la narración y sus poemas producen el efecto de una cámara que recorriera con lentitud los escenarios, los objetos, las figuras. Su voz se proyecta hacia otros lugares, hacia otras vidas, y se plantea las relaciones cotidianas con una dureza inusual (“no sé qué es la paz, no tuve el gusto de conocerla”, dice en “Fraternidad”), aunque una clara vocación hedonista se impone a la lógica negativa de la historia. Tanto en *Resurrección* como en *Calor*, Manuel Vilas recurre a la fuerza expresiva de las paradojas, se mueve entre el nihilismo y el vitalismo más extremo, entre el placer y la conciencia del vacío; la tensión se concentra en la vida común, en el ritmo cotidiano de las ciudades, bien visible en “Mazda 6”, “El comulgatorio”, “Cocaína” o “Alcoholemia”. Impresionante resulta la narración de “1985”, y no podemos soslayar esa visión esperpéntica de la historia de España que aporta el primer poema, “La lluvia”.

Amalia Bautista (1962) publicó en Renacimiento *Roto Madrid*, con fotografías de José del Río Mons y prólogo de Andrés Trapiello. Si en los primeros libros de Amalia Bautista (*Cárcel de amor*, *Cuéntamelo otra vez*) es frecuente el recurso a los mitos como forma de actualización irónica, la experiencia del dolor y de la soledad se imponen en *Estoy ausente* (2004). *Roto Madrid* constituye una muy buena síntesis entre poesía e imagen. Así lo expuso Francisco Díaz de Castro:

En este diálogo de dos lenguajes diferentes Amalia Bautista y José del Río Mons han conseguido lo más difícil, encontrar un tono, acordar sus voces. Y el acorde lo han establecido en ese terreno inestable del sentimiento urbano contemporáneo en el que el personaje poético proyecta su desolación, su resistencia, su esperanza precaria y que las imágenes captan en su palpación, en su fugacidad. Movimiento y desasosiego, desplazamientos, soledad urbana, anacronismos y espacios contrapuestos de la ciudad y de la conciencia” (*El Cultural*).

Un año después de que apareciera la antología *Días sin pan* en Renacimiento, con prólogo de Luis Alberto de Cuenca, Roger Wolfe (1962) reunió su poesía



completa entre 1986 y 2001 en un volumen titulado *Noches de blanco papel* (Huacanamó). Sus primeros libros –*Días perdidos en los transportes públicos*, *Hablando de pintura con un ciego*, *Arde Babilonia*– supusieron una inflexión hacia el realismo más seco (no me gusta la etiqueta “realismo sucio”, y me consta que a Wolfe tampoco) en la poesía española de los noventa, a partir de una escéptica visión nihilista y un sentido crítico que no han desaparecido en sus obras más recientes: *Cinco años de cama*, *El arte en la era del consumo*. “Mi poesía, como todo lo que escribo, es una investigación de la condición humana; una indagación que busca arrojar un poco de luz sobre nuestras vidas utilizando mis propias experiencias como espejo de la realidad [...]. La jerga y el argot, y los registros coloquiales, son auténticas construcciones de retórica poética”, ha declarado Roger Wolfe a raíz de la publicación de *Noches de blanco papel*.

*La siesta de Epicuro* (Visor), de Aurora Luque (1962), obtuvo el premio “Generación del 27”. El libro se inicia con una cita de Michel Onfray que nos sitúa en el ámbito de la filosofía hedonista, “sensualista, pragmática, atea, corporal”, definiendo así el territorio que van a marcar los poemas, la necesidad de “vivir vidas”, de asumir el legado epicúreo a través de una “estética de dilatación del presente”. En la línea de sus anteriores entregas (*Problemas de doblaje*, *Carpe noctem*, *Camaradas de Ícaro*), Aurora Luque reinventa los mitos y los tópicos literarios, actualiza constantemente lugares, situaciones y personajes clásicos a través de un nuevo enfoque en el que la ironía desplaza cualquier amago de solemnidad: son bien expresivos los títulos de las secciones “La biblioteca de Pisón” –con el apartado “Catulo y yo”–, “El jardín de Filodemo” y “La biblioteca de Lucrecio”. A partir de ahí, se observa en la poesía de Aurora Luque una sensibilidad posmoderna que gira en torno a los desajustes entre realidad y lenguaje, vida y poesía, que vuelve a interpretar las superficies del mundo de la publicidad, por ejemplo, que se sitúa frente a los signos del presente y no acepta cualquier utopía formulada sin reservas. *La siesta de Epicuro* ofrece una gran variedad temática (desde la reflexión histórica de “Patria” a la nostalgia evocadora de “Cabo de Gata” o las confesiones íntimas de “La soledad de mi madre”) y formal: el haiku, la copla flamenca junto a los poemas de tono narrativo. “La muerte nos advierte de la vida”, leemos en el poema “Bosque”; los poemas de Aurora Luque se rebelan contra el tedio, afirman el valor del presente, apuestan por el deseo desde una perspectiva hedonista que, en el poema que cierra el libro, vuelve a recuperar el poder creador de los mitos: “Los sentidos son hoy/ esos dioses alegres y fuertes de los mitos./ Reinauguran el mundo,/ lo cifran,/ lo consisten” (“En Radio Tres”).

*Días del bosque* (Visor), de Vicente Valero (1963), fue premio “Loewe”. Dividido en tres secciones, el libro se ajusta a una búsqueda de la claridad desde la incertidumbre, una búsqueda sustentada en las palabras que “florecen/ también en su decir/ y dan sentido a este camino, anuncian/ un sabor sobre el bosque”.

“La posibilidad de ver es la principal razón del poeta”, escribió Vicente Valero; ya sus libros anteriores –*Vigilia en Cabo Sur*, *Libro de los trazados*– constituyen un viaje introspectivo en el que la observación nos acerca a la naturaleza, establece vínculos con la memoria y con el mundo de los antepasados. Los poemas de Vicente Valero buscan una identidad que se reconoce a través del tiempo, tratan de poner en orden lo que se presenta como oscuridad, se sitúan –recordamos ahora a María Zambrano– en los *claros del bosque*.

Con la reescritura de su primer libro, *La luz de otra manera*, a finales de los noventa, Vicente Gallego (1963) ahondaba en las claves de una poética basada en la intensidad. En *Santa deriva* (2002), la celebración vital llevaba implícita la conciencia de finitud, y la búsqueda de lo sagrado personal era paralela a la exaltación del placer, al reconocimiento de los dones terrenales. *Cantar de ciego* (2005) ampliaba, en la misma línea de exaltación, los recursos expresivos del poeta valenciano. *Si temierais morir* (Tusquets, 2008) supone una inflexión respecto a los anteriores, sobre todo si nos fijamos en la segunda parte (el libro está dividido en dos secciones, “Antes” y “Ahora”), centrada en un presente que busca en la trascendencia una nueva forma de entender el mundo. Un texto en prosa del autor, “Sobre el arte de hurtarse” (2006), nos da algunas claves imprescindibles: lo que cuenta, en arte, es la inspiración, y el poeta “desaparece en el poema, se anota en él, y el hombre, con todo su equipaje de ansiedad y de temores, queda disuelto en la música que suena”. Más cerca de las tradiciones espiritualistas, Vicente Gallego entiende la poesía como una aventura que es “disponibilidad, riesgo, sed de vida”, en sintonía con los designios del destino; no se concibe ya como transmisora de experiencias, sino como vía de encuentro con “la experiencia misma de la palabra”. Sin olvidarnos de algunos magníficos poemas de la primera sección (“El soñador”), citamos unos versos de “Por una lágrima nuestra”: “Por ella sabe el hombre/ qué profunda y qué suya es esta tierra./ No hay cima en lo encumbrado/ ni hay astro entre los hombres/ del verano aquel vuestro que os alcance/ cuando lloráis de veras./ Pero no lamentéis, que pronto acaba”.

*Esto no es el silencio* (Hiperión) es el quinto libro de poemas de Ada Salas (1965), que después ha reunido su obra anterior en *No duerme el animal (Poesía 1987-2003)*. También es autora del ensayo *Alguien aquí: notas acerca de la escritura poética* (2005). En una entrevista reciente con Luis Bagué Quílez, Ada Salas se refiere a *Esto no es el silencio*: “Sentí cuando lo escribía que una música distinta, más prolongada, pero entrecortada, me ocupaba la cabeza, algo así como el pie quebrado manriqueño. La música de un libro configura su identidad visual, su sintaxis, su emoción y su pensamiento”<sup>2</sup>. En efecto, los poemas de este libro son, en general, más extensos que los incluidos en *La sed* (1997) o *Lugar de la derrota* (2003), pero a todos es común una poética basada en la contención y la sobriedad expresiva: “La poesía nace inevitablemente en esa lucha entre lo que se dice y lo que no: palabra y silencio son las dos caras de una misma moneda”, di-

ce Ada Salas, que en este libro de 2008 tiende a encontrar belleza en *lo terrible*, en la oscuridad, las cenizas y las ruinas: “Porque sólo las ruinas/ –lo supiste/ una vez/ por qué en tu descuido/ lo habías olvidado–/ porque sólo las ruinas/ pueden/ en verdad/ habitarse”.

Además de compartir con Manuel Vilas el premio “Fray Luis de León”, Eduardo García (Sao Paulo, 1965; residente en Córdoba desde 1991) alcanzó el Premio de la Crítica correspondiente a 2008 por *La vida nueva* (Visor). Si en sus libros inmediatamente anteriores (*No se trata de un juego*, *Horizonte o frontera*) trataba Eduardo García de borrar la distinción entre géneros convencionales, de explorar el territorio intermedio entre el poema y el relato, entre el sueño y la vigilia, entre la realidad visible y la no visible, *La vida nueva* supone un importante giro expresivo en su trayectoria. En sus reflexiones sobre la escritura, Eduardo García ha hablado de la experiencia interior, de la capacidad que tiene el poeta para evocar sueños y visiones, profundizando en una tradición que él mismo se encargó de analizar en el ensayo *Una poética del límite* (2005): frente al predominio de la razón instrumental, la noción de realidad se amplía, desplazándose hacia el interior a través de la imaginación simbólica y de la revitalización del mito. Ya en la sección final de *Horizonte o frontera* se imponía un cambio de perspectiva en los poemas amorosos; después, el cuaderno *Refutación de la elegía* situaba al lector en un espacio diferente, más cerca del entusiasmo y de la alegría de vivir. Es evidente que el título de su último libro remite a *La vita nuova*, de Dante<sup>3</sup>. Desde el primer poema, “Las pasarelas del deseo”, un caudal de imágenes mantiene la tensión emocional, el canto a la plenitud vital cuando “no hay futuro o pasado todo es ahora y siempre”; el deseo es el hilo conductor de ese renacimiento (“Física aplicada”, “La paz de las mareas”, “Al encuentro”, “Aniversario”), aunque también se vislumbra el riesgo de la caída al vacío (“La máscara”, “La carcoma”). *La vida nueva* contempla un final donde es posible la utopía: “y que el hombre no olvide su vocación de nube el súbito/ resplandor incendiando su mirada” (“Para no renunciar al entusiasmo”).

Lorenzo Plana (1965) cuenta ya con una obra poética consolidada a través de títulos como *Ancla* (1995), *Extraño* (2000) y *La lenta construcción de la palabra* (2004), a los que se sumó en 2008 *Desorden del amanecer* (Pre-textos). Este autor suele recurrir a un tono impersonal, a una cierta distancia, para entrar de lleno en cuestiones vitales, y además vincula la escritura a la capacidad intuitiva y al descubrimiento: de ahí la brillantez de sus imágenes. Un poema de *Ancla* nombraba “el desorden de cada día falso”; el concepto se ciñe ahora al amanecer sin aquella connotación de *falsedad*, pero las posibilidades creativas se asocian al ámbito interior (“Construyo con palabras luz de adentro”) y la complejidad de esa construcción surge, como en libros anteriores, de una aparente sencillez. Así se aborda lo irracional, lo oscuro, las emboscadas del día a día (“El universo es un erial desierto;/ mis ojos son la entrada a todo lo que importa”), cuando ya no

existen certezas ni consuelo: “Yo avanzo porque el más allá está en mí”, dice el último verso del libro.

*Con Darwin en las Galápagos* (DVD), Carlos Jiménez Arribas (1966) ha seguido investigando en la escritura del poema en prosa, modalidad que abordó desde el punto de vista teórico en la antología *Campo abierto* (2005; en colaboración con Marta Agudo) y en un monográfico reciente de la revista *Zurgai*. El viaje del científico es, desde el título, el referente simbólico de una mirada distinta sobre la naturaleza (es el animal el que se proyecta en el hombre) y sobre los escenarios urbanos. Me han interesado especialmente “La primera mujer”, “Alta lencería”, “Lobo” y “El ánade”.

Alexis Díaz-Pimienta (La Habana, 1966; residente en Almería desde hace años) es, además de poeta, narrador y *repentista*. Su excelente libro de poemas *Yo también pude ser Jacques Daguerre* ganó el premio “Emilio Prados” en 2000. *Fiesta de disfraces* (Calambur), premio “Los Odres”, se presenta como una indagación acerca de la identidad, las máscaras y el fingimiento (“Yo tengo un rostro aquí y otro mañana;/ tú tienes una máscara debajo”). La variedad formal que caracteriza su poesía se proyecta ahora en un juego de contrastes y de matices dentro de un libro extenso y unitario; en él se revisa el tópico del tiempo que huye (“Ayer es la categoría más exacta del tiempo”), a la vez que se evocan las ausencias: “No el llanto, sino las ganas de llorar incontrolables,/ cuando la soledad se llena de rostros ausentes,/ de seres queridos que en algún sitio de otra ciudad/ preguntan también cómo se quitan las ganas de llorar”.

La repercusión de la obra de Agustín Fernández Mallo (1967) se debe, sobre todo, a sus dos novelas *Nocilla Dream* y *Nocilla Experience*, pero también ha publicado cuatro libros de poemas a partir de 2001 y es el creador e impulsor de la “Poesía Pospoética”, una propuesta que intenta acercar la poesía a las ciencias, la publicidad o el arte contemporáneo. *Carne de píxel* (DVD), premio “Ciudad de Burgos”, expresa desde el título una paradoja fundamental en la época de la *hipercomunicación*: el píxel se ha convertido en vía de acceso a lo carnal, en el origen de su imagen, pero el píxel es en su origen una no-imagen. Ese vacío es el ámbito en el que transcurre el viaje de un hombre y una mujer, los protagonistas del libro, y los elementos urbanos se convierten en “correlatos de su geografía emocional”, en metáforas de la soledad y la incomunicación.

La combinación de exactitud y sugerencia define a la poesía de Lorenzo Oliván (1968), autor de libros de aforismos (*La eterna novedad del mundo, El mundo hecho pedazos*) y de poemarios de indiscutible calidad (*Puntos de fuga, Libro de los elementos, La noche a tientas*). Las dos vertientes se unen en *Hilo de nadie* (DVD), que parece confirmar aquellas reflexiones del autor en una poética escrita hace algunos años: lo aparentemente real siempre está lleno de “dobles fondos” a los que sólo se accede por la vía de la intuición y la imaginación poéticas. *Hilo de nadie* se presenta como una arriesgada propuesta de viaje que aún pen-

samiento y visión, siguiendo una sucesión de fragmentos donde lo primero que se quiebra es la propia identidad: “Cuanto más escribo, más extraña me resulta la persona que habla en mí”, afirma en el prólogo Lorenzo Oliván. Uno de los aforismos de *Hilo de nadie* condensa a la perfección su perspectiva, pues también podría aplicarse a los poemas del libro: “El lirismo, en mí, digamos que es la forma de pensar casi a la vez con todos mis sentidos”.

Queremos dejar constancia de otros libros publicados por poetas nacidos en los cincuenta y en los sesenta: *Lluvia menuda* (La Veleta), de Susana Benet (1950); *Proteger las moradas* (Calambur), de José Luis Puerto (1953); *Las estaciones lentas* (Visor), de Basilio Sánchez (1958), premio “Tiflos”; *Los círculos concéntricos* (Asociación de Escritores y Artistas Españoles), de Alejandro Céspedes (1958), premio “Blas de Otero”; *Memoria del trasluz* (Tres fronteras), de Miguel Ángel Velasco (1963). Mencionamos también las recopilaciones *Una verdad extraña* (Octaedro), de Manuel Ruiz Amezcua (1952), con prólogo de Antonio Muñoz Molina y epílogo de J. F. Ruiz Casanova; *La ciudad*, antología de Karmelo Iribarren (1959) publicada por Renacimiento; *Todo en el aire* (Poesía 1995-2005), de Antonio Méndez Rubio (1967); *Poesía completa* (Pre-textos), de Pelayo Fueyo (1967).

## LOS MÁS JÓVENES

Muchos autores nacidos en los setenta e incluso en los ochenta tienen ya cierta presencia en el panorama de la poesía en lengua española; la mayoría se ha dado a conocer a través de premios, aunque también hay que valorar la disposición de algunas editoriales (Pre-textos, DVD, Bartleby) a la hora de asumir el riesgo de publicar a poetas muy jóvenes. Ana Isabel Conejo (1970) obtuvo el premio “Alfons el Magnànim” con *Zapatos de cristal* (Hiperión), título que ya nos sitúa en una de las claves del libro: el trasfondo de los cuentos infantiles apunta hacia el itinerario que va desde la inocencia hasta los desencuentros de la edad adulta. No eluden estos poemas los más dramáticos asuntos de actualidad, como señaló en su momento Manuel Rico: “Hay en el libro una gravedad existencial que habla de madurez. Y aunque hay amor, destellos de lo cotidiano y evocaciones íntimas, no es desdeñable la mirada que la poeta proyecta sobre dramas todavía vivos en la conciencia colectiva”<sup>4</sup>. El premio “Unicaja” recayó en *Los ojos de la niebla* (Visor); su autora, Raquel Lanseros (1973), recurre al monólogo interior para introducir una reflexión acerca de distintas situaciones y personajes. Son poemas discursivos que asumen frecuentemente los registros coloquiales del lenguaje; los dos últimos, “Un hombre que pasea por Manhattan” y “Beatriz Orieta”, destacan en un libro más bien discreto.

*Desalajos* (Hiperión), de Miriam Reyes (1974), se centra en el sentimiento de pérdida que deriva de la muerte de un ser querido (“La tierra prometida es cosa de

otros./ Para nosotros la arena: / un paisaje que cambia con el viento”), aunque el dolor finalmente es compensado por el reconocimiento de la herencia que aportan varias generaciones: “Te abres espacio/ a través de la carne en mi cuerpo/ a través de músculos y tendones/ entre hueso y hueso como depósitos de calcio”.

Al poeta sevillano Juan Manuel Romero (1974) se le concedió en 2006 el premio “Radio 3” por *Las invasiones* y, posteriormente, el premio “Emilio Prados” por *Hasta mañana* (Pre-textos). A propósito de este último, escribe Luis Bagué Quílez: “En realidad, el lector se encuentra ante tres fases de un autorretrato fragmentario o ante tres momentos en la experiencia del personaje poético. El libro refleja una indagación en los espejismos de la identidad y en las heridas pendientes de cauterizar”<sup>25</sup>. Escéptico y prudente, el personaje que habla en estos poemas reconoce que “La edad quizá consiste/ en mirar el envés de las certezas” (“Enero”). Las huellas de la experiencia vivida pasan por el filtro de un lenguaje que evita por igual la oscuridad y el patetismo; las imágenes son breves iluminaciones de un tiempo inasible: “No eres sólo presente/ sino un tiempo fluido, imprevisible./ como líneas de fuga que se cruzan,/ se funden entre sí/ y se entreveran” (“Cálculo”).

“La poesía es tan exacta como la geometría”, afirma Josep Maria Rodríguez (1976) en una poética reciente. Y también: “Entiendo el yo como el punto de llegada de todo lector, del mismo modo que entiendo ese yo biográfico como el punto de partida de todo poeta”. Autor de un importante ensayo sobre el haiku, *Hana o la flor del cerezo* (2007), Josep M<sup>a</sup> Rodríguez ha ido perfeccionando en sus libros de poemas (*Frío*, *La caja negra*, *Raíz*) una mirada sobre la realidad cambiante que se vale de la intuición y de la conciencia del presente. *Raíz* (Visor), premio “Emilio Alarcos”, gana en intensidad, concentración simbólica y variedad de registros formales y temáticos, con poemas que hablan del dolor y de la pérdida (“Carrer Balmes”, “Contradicción”), de los sentimientos (“Tal vez amor”, “Ducha”, “Aún no”) o de algunos poetas admirados (Rilke, Borges, Gabriel Ferrater). Poemas que son una vía hacia el conocimiento: “Fijar la realidad/ me ayuda a comprender lo que sucede” (“Mantra”).

*Cambio de planes* (Visor), de Daniel Rodríguez Moya (1976), fue premio “Vicente Núñez”; en palabras de su autor, el libro habla de “la infancia como paraíso perdido, pero también como paraíso inventado, recreado”. Y, sobre todo, “de la evidencia de que el ahora, el instante, precisa de una gran habilidad para saber cambiar los planes y no morir en el intento”. El viaje es un motivo fundamental en estos poemas, aunque también adquieren protagonismo los objetos, su carga simbólica: “Una caja de música/ encierra una espiral y un corazón./ Es un soplo de viento,/ un soldado dormido en la línea de fuego,/ un reloj atrasado”.

Nacido en Buenos Aires (1977), residente en Granada desde 1991, narrador y poeta, Andrés Neuman publicó en 2008 su poesía completa bajo el título *Década* (1997-2007) (Acantilado). Advierte el autor al inicio que los libros han si-

do agrupados “según su naturaleza interna” y ordenados por su fecha de escritura, no de publicación. Así, forman un primer bloque las colecciones de poemas (*Métodos de la noche*, *El tobogán* y *Mística abajo*), vienen después las series unitarias (*El jugador de billar*, *La canción del antilope*, *Mundo Mar* y *Alguien al otro lado*: estas dos últimas aparecen por vez primera en esta edición) y, en tercer lugar, las estrofas tradicionales (*Gotas negras*, *Gotas de sal*—dos series de haikus— y *Sonetos del extraño*). Las correcciones, que las hay, no afectan a la estructura de los libros: los cambios más drásticos tienen que ver con las supresiones, ya que “la publicación no fija necesariamente un final indiscutible: es un punto y aparte más social que textual”. Se trataría, en palabras del autor, de perfeccionar los poemas, no de “preservarlos como una reliquia personal”. Estamos ante uno de los escritores jóvenes con más talento, ya aborde la novela, la poesía o los aforismos. Hace algunos años, decía Andrés Neuman que él intentaba hacer de cada poema una interrogación, una duda que surge a partir del cuerpo y los sentidos: “Como poeta, más que en la unidad de *tono* de un poemario, creo en la coherencia de *actitud* de un libro: actitud de descubrimiento en cada poema, de perplejidad e intuición”.

Raúl Quinto (1978) obtuvo el premio “Andalucía Joven” en 2004 por su libro *La piel del vigilante*. Su poemario más reciente, *La flor de la tortura* (Renacimiento), fue también reconocido con el premio “Francisco Villaespesa”. La tensión entre belleza, dolor y muerte asoma ya en el título y se mantiene a lo largo de todo el libro, que incide “en el valor de la destrucción como elemento regenerador” (García-Teresa). La imaginería tiene cierta atmósfera decadentista: “Porque busco el desgarró./ la cicatriz abierta, su conciencia./ Arrancar con los dientes/ esta red extendida entre las cosas./ Y el dolor es la senda”. La percepción de *lo siniestro* también se advierte en *Coma*, de José Daniel García (1979), que obtuvo el premio “Hiperión” en 2008. Sus poemas de raíz expresionista giran en torno a la presencia obsesiva del dolor y de la muerte y, en algún momento, remiten a escenarios de novela negra: “Al salir del portal esta mañana,/ alguien se le acercó/ con el rostro cubierto,/ apretando el gatillo del revólver. [...] Los asesinos lucen brazaletes de luto./ Unos cargan el rifle. Otros apuntan./ No importa quién dispare”.

Ana Toledano Villar (1979) ganó el premio “Federico García Lorca” de la Universidad de Granada con el libro *Cómo decir yo*. El título dice mucho de la inquietud generacional en torno a una nueva formulación de la subjetividad en poesía, más allá de los códigos empiristas y desde la percepción de una realidad dispersa, fragmentada. Ana Toledano lo hace a través del lenguaje amoroso, tal vez el único —y difícil— asidero: “Acariciar la duda/ sin dudarnos/ para plantar mentiras/ que ponen luz/ al naufrago sin guía”. *El fósforo astillado* (DVD), de Juan Andrés García Román (1979), parte de la desaparición de las señas de identidad y del intento de superar la distancia que separa el yo de *lo otro*; traductor de Ril-

ke, García Román actualiza las referencias del autor de *Las elegías del Duino* a la “sublime indiferencia de la naturaleza” y a la “tranquilidad de las cosas”. El libro, según razona el propio autor, responde a la voluntad de “soñar con un poema absolutamente proteico, dialógico, polifónico: mi poética se ha convertido en el sueño de una poética y mi poema en el sueño de un poema”.

En 2008 publicaron su primer libro otros dos autores andaluces. *Elige tu último aniversario* (Ayuntamiento de Málaga), de Raúl Díaz Rosales (1979), es una inteligente reflexión en torno a los límites entre escritura y vida, con un ritmo sostenido y un despliegue de imágenes que revelan el lado oscuro de lo cotidiano: “bastaarán simulacros de amor roto,/ o espejismos de luz difuminada/ de dioses que –sensatos– abdicaron,/ para crear ideales de abandono” (“De vita beata”). *Llárame como quieras* (Torremozas), de Rocío Fernández Víctor (1982), obtuvo el premio “Gloria Fuertes” de poesía joven; en una línea más intimista, sus poemas abordan los sentimientos desde una perspectiva irónica, descarada a veces, aunque también deje ver un trasfondo de amargura (“Sin precio”, “Musa por horas”, “Inexplicable”).

Los fragmentos de poéticas que acabamos de citar (Josep M<sup>a</sup> Rodríguez, J. A. García Roman) se insertan en la antología *Deshabitados*, que apareció en la colección granadina “Maillot Amarillo”, siendo Juan Carlos Abril su editor. Incluye diecinueve poetas nacidos entre 1971 (Julieta Valero, Mariano Peyrou) y 1985 (Elena Medel). El título hace referencia a *The hollow men*, de T. S. Eliot, e indirectamente a *El hombre deshabitado*, de Alberti. Juan Carlos Abril plantea en el prólogo que no existe litigio con la generación precedente, la de los ochenta/ noventa, para afirmar después que en los poetas antologados “se combinan acusadamente la herencia de las vanguardias con algunos rasgos narrativos tradicionales y de corte clásico, quedando la meditación siempre elíptica”. Las poéticas, mucho más extensas de lo que suele ser habitual, ya hacen evidente la diversidad de las voces aquí representadas; algunas desarrollan argumentos razonados (las de Alberto Santamaría, Andrés Navarro, J. A. García Román, Carlos Pardo, Josep Maria Rodríguez y –con reservas por mi parte– Antonio Lucas), otras apuestan por la ironía (Rafael Espejo) o prefieren relacionar directamente vida y poesía en un estilo más confesional (Elena Medel, Yolanda Castaño). Hay, cómo no, algún despropósito. Desigual me parece también la calidad de los poemas, aunque es innegable que la antología cumple la función de presentar opciones expresivas muy distintas. Echo en falta, sin embargo, a autores jóvenes bastante consolidados: Pablo García Casado, José Luis Rey, Andrés Neuman, Juan Manuel Romero, María Eloy-García, Fernando Valverde, Luis Bagué Quílez o David Leo García. Mencionamos, por último, la antología *Los senderos y el bosque* (Visor), con selección y prólogo de Luis Antonio de Villena, que recoge a los treinta autores ganadores de las dos modalidades del premio “Fundación Loewe” en su vigésimo aniversario.



## NOTAS

<sup>1</sup> Este trabajo se adscribe al proyecto de investigación FFI2009-11728/FILO “Direcciones estéticas de la lírica posmoderna en España”.

<sup>2</sup> *Ex Libris*, 10, noviembre 2009.

<sup>3</sup> De ahí que Javier Lostalé haya considerado este libro como “un viaje interior hacia la luz al que, de algún modo, precede un descenso a los infiernos”. *Mercurio*, 102, junio-julio 2008.

<sup>4</sup> *Babelia*, 4 de abril de 2009.

<sup>5</sup> *Ex Libris*, 9, noviembre 2008.

## BIBLIOGRAFÍA

Díaz de Castro, Francisco. *El Cultural*: 10 de julio de 2008.

García, Dionisia. “Hondura y sentimiento”. *Ex Libris*, 10: noviembre 2009.

García-Teresa, Alberto. *Artes Hoy. Revista digital de las artes* (www.arteshoy.com).

Lostalé, Javier. “Delirio y diamante”. *Mercurio*, 105: noviembre, 2008.

Mainer, José-Carlos. “El poeta contumaz”. *Babelia (El País)* ( 8 marzo de 2008): 13.

Olmo Iturriarte, Almudena de. *Jesús Munárriz: una poética de la cordialidad*. Palma de Mallorca: UIB, 2009.

Prieto de Paula, Ángel Luis. “La poesía en 2008”. *Insula*, 747: marzo, 2009. 8.

Sanz, María. “La felicidad doméstica”. *Mercurio*, 116: diciembre 2009.

Soria Olmedo, Andrés. *20 años de poesía. Nuevos textos sagrados (1989-2009)*. Barcelona: Tusquets, 2009.

Wolfe, Roger. *Noches de blanco papel*. *Ex Libris*, 9: noviembre 2008.